

LEYENDAS I OBRAS DRAMÁTICAS

DE

DON SALVADOR SANFUENTES.

El Bandido.

Han aparecido las dos primeras entregas de las Leyendas i Obras Dramáticas del Señor Don Salvador Sanfuentes, que comprenden una leyenda en cinco cantos, titulada El Bandido. Las historias o cuentos en verso están de moda entre los poetas modernos, tanto Franceses como Españoles; lo que ciertamente no les pesa a los lectores, porque prefieren a ese lirismo exajerado i en extremo metafísico, a esa vaguedad de sentimientos que forman el fondo de ciertas composiciones, algo de mas real, de mas positivo, de mas humano. Hai escritos tan nebulosos, que expresan afectos que tan poco ha experimentado el coman de los hombres, que no encuentran eco en la sociedad; uno que otro los comprende quizá, i para los demas, no son mas que palabras de sentido enigmático i misterioso, que no se afanan por descifrar. A proporcion que el poeta desciende de las altas rejiones a donde los mortales no pueden seguirle, su obra gana en popularidad. No se le exige para esto que se haga rastrero, que corte los vuelos a su fantasia, que no se deje llevar de la inspiracion, no; solo se le pide que no se rodee de nieblas, que no se asemeje a esas aves que van a cantar tan cerca del cielo, que nadie puede escucharlas acá abajo.

No es fácil que se estrelle en tal escollo, el autor que toma por

argumento de sus versos un pasaje histórico, una tradicion o cosa que a esto se parezca, aunque sea de pura imaginacion; pues teniendo que combinar una série de acontecimientos en que interviene el hombre, está libre de caer en esas contéplaciones sin objeto a donde no logra nunca arrastrar a sus semejantes. Así personifica su pensamiento i lo hace mas comprensible, satisfaciendo al mismo tiempo el gusto por lo novelesco que predomina en la época actual.

Por otra parte, pocas fuentes de poesia mas fecundas que la historia i particularmente la tradicion. Aun cuando el poeta en estas materias, no lo saca todo de sí, ciertamente alcanzará bastante gloria, si consigue ser el digno intérprete del pueblo, ese gran poeta; i siempre le queda lugar para imprimirles el sello de su ingenio, pues tiene que perfeccionarlas, que pulirlas, que darles una forma mas artistica. Las recibe de boca de la multitud toscas e informes, tal vez mutiladas, sin estar bosquejado mas que a medias el carácter de los personajes, sin que el teatro de la escena esté competentemente decorado. Todo eso debe completarlo i adornarlo con pensamientos que le pertenecen, con descripciones hechas en el estudio de la naturaleza, con los primores del estilo. Son por lo jeneral diamantes i piedras preciosas; pero sin labrar, i que esperan para brillar la mano de un lapidario.

Si el poeta en las composiciones de este jénero no tuviese otro trabajo que recojerlas de la tradicion o tomarlas de la historia, i en seguida prestarles la armonía del ritmo, ¿por qué con ellas han adquirido tanta fama Mora, Saavedra i Zorrilla? Ofrecen por el contrario los tres una prueba tan palmaria de que no son meros compiladores, cuanto han sabido imponer a sus respectivas obras la estampa de su talento, dándoles un carácter peculiar, que las diferencia completamente unas de otras. Mora i Saavedra han explotado ámbos la historia de España; mas el primero versificador tan exímio que se juega con las dificultades, que las busca aun para vencerlas, brilla ademas por la gracia i el chiste de la multitud de digresiones a que se entrega para esgrimir el látigo de la sátira; miéntras que el segundo, con ménos facilidad para versificar, está dotado de mas fantasía i de un corazón mucho mas sensible. Zorrilla, apoderándose de las leyendas religiosas en que los seres celestiales se mezclan con el hombre, las ha presentado bajo una forma dramática, empleando a veces en los diálogos una concision admirable i engalanando siempre el asunto con todos los recursos de su poderosa imaginacion. Me parece pues que

los poetas deben hallar en esta clase de escritos algunas ventajas para ejercitar la intelijencia, porque casi se puede asegurar que no hai uno solo en la escuela moderna española, que no los haya intentado; i el público los ha animado a no abandonar esta senda, por los aplausos que a algunos ha prodigado.

Tal es el jénero a que pertenecen tanto el Bandido, objeto de este artículo, como el Campanario publicado hace tiempo i que ha valido al Señor Sanfuentes una alta reputacion i, a mi modo de entender, mui merecida. Grande ha de ser su aficion a las letras, cuando en un pais en que tan pocos estímulos se le ofrecen todavía i en medio de las mas premiosas ocupaciones, ha sacrificado los cortos descansos que dejan a un buen servidor de la República los negocios del Estado, para consagrarlos a la literatura. Aunque tan jóven, ha sido ya Intendente de una Provincia, que no olvidará una administracion a la cual es acreedora de tantos progresos, Miembro del Consejo Universitario, Diputado i Ministro de Justicia, Culto e Instruccion Pública, que ha iniciado o llevado a cabo medidas de la mayor importancia. I sin embargo ha concebido i terminado dramas, poemas de *largo aliento* i otras composiciones lijeras que ha limado i guardado en su escritorio *nueve meses*, segun el precepto de Horacio.

Contaba solo diez i siete años, cuando el Señor Don Andres Bello, de quien es discipulo, le publicó en el Araucano la traduccion de una escena de Efijenia en Aulide, la célebre tragedia de Racine, recomendándola en los términos siguientes. En este trozo, «a la exactitud de la medida, se junta la propiedad del lenguaje, que ciertamente es una cualidad poco comun entre nosotros; un tacto fino en variar las cesuras del metro; expresiones poéticas i sentidas en que el jóven alumno de las Musas se acerca bastante al gran modelo que ha tenido a la vista; i en una palabra, todas las señales de un instinto poético que, cultivado, podrá desmentir la opinion desfavorable que se tiene de las disposiciones de los Chilenos, para la mas bella i la mas difícil de las artes.» El pronóstico que encierran estas líneas se ha cumplido, i el Señor Sanfuentes no ha perdido, sino al contrario, perfeccionado las buenas cualidades que se notaban en su primer trabajo, de lo cual se convencerá quien lea el Bandido.

Es el argumento de esta composicion una historia sencilla i poco complicada, cual debia ser para que se pudiese suponer sin inverosimilitud que se habia verificado en Chile, sociedad jóven en que la vida se pasa sin aventuras intrincadas i exenta de suce-

sos extraordinarios. La escena se abre en la meseta de uno de los montes del sud, guarida de bandoleros, defendida por quebradas i precipicios i cubierta por espesos i sombríos árboles. Allí sobre un trono tejido de *yedras* i de *rosas* aparece una mujer que

Reina en un tiempo fué de los amores,
i bella es todavía,
mas la suerte inhumana
ántes de tiempo despojó sus flores
del nítido frescor i lozanía
de la primer mañana.

Junto a ella, la contempla embebecido Fernando, el Jefe mismo de la banda.

Sobre la carabina,
que nunca el plomo despidiera en vano,
el feo i tosco rostro se reclina.
Orijen africano
muestra la tez oscura,
fornida i elevada es su estatura,
cuyos músculos recios
anuncian una vida
en prolongada serie
de penosos trabajos transcurrida,
i del calor i el frío a la intemperie.

Asisten ámbos a unos juegos con que solemnizan los bandoleros el cumpleaños de María. Dividense en dos cuadrillas, armándose cada jinete de un puñal que a carrera tendida procura clavar en el escudo del contrario, i haciendo una nueva evolucion, intenta recobrar el mismo puñal que habia dejado de aquel modo. Los aplausos premian a los que son diestros, i la burla castiga a los que quedan deslucidos. A estos siguen otros ejercicios del mismo jénero. Habria preferido que el poeta los hubiera reemplazado por la descripcion de otros mas conformes a las costumbres semi-salvajes de nuestros campesinos. Si con el talento descriptivo que posee el autor, hubiera emprendido cantar la *pecha* u otra cosa semejante, a mas de ser este un cuadro completamente nacional i lleno de orijinalidad, estoi seguro que habria encontrado en su paleta colores mas vivos i mas brillantes. Rugendas no se habria desdeñado de emplear su pincel en tal asunto, i donde no quedaria deslucido su pintor, ¿qué puede temer un poeta?

¡Cuánto mas feliz no ha sido en el siguiente pasaje, donde se conoce que ha bebido su inspiracion en el estudio de las costum-

bres peculiares a las jentes entre las cuales ha buscado los personajes de su historia!

En tanto los bandoleros

en un remoto retiro,

do el descanso de Maria

no interrumpa el gran bullicio,

bajo el dosel de los bosques

dan pábulo al regocijo,

pues la disciplina usada

hoi relaja su caudillo.

Sigue estruendosa la fiesta

entre el vacilante brillo

de numerosas hogueras,

do los trozos esquisitos

de pingues reses preparan

para saciar su apetito.

Ruedan sin cesar las copas,

corre a torrentes el vino,

i aqui alegres risotadas,

allí disputas i gritos

se mezclan confusamente

a los brindis repetidos.

Unos al licor sin tasa

tributan culto exclusivo;

otros, variando placeres,

en ancho círculo unidos,

admiran de una pareja

la tosca danza i los jiros,

i del pudor cada ofensa

les aranca aplauso vivo.

Luego, en medio de la algazara, se presenta con su vihuela el pallador de la banda, figura que es de sentir haya diseñado apénas el señor Sanfuentes, para entusiasmar al auditorio con sus canciones! ¡Qué bien debian sonar en los oídos de aquellos desalmados estos enérgicos versos

de mas noble asunto dignos!

El águila en los peñascos

mas altos su nido pone,

i desde allí se dispone

sobre el llano a descender.

En la alta rejion cernida,

vuela i revuela, con ojo

listo atisbando el despojo,

que su garra ha de prender.

Así el bandido se place
 en su montaraz vivienda;
 así cual plaga tremenda
 todos temen su irrupcion.
 Del vil reposo enemigo,
 solo los peligros ama;
 la independència i la fama
 sus solas deidades son.

Allá el cobarde mendigo,
 triste habitador del llano,
 bese la insolente mano
 que un pan le da tinto en hiel.
 Nada a nosotros nos falta,
 la lanza es nuestro tesoro,
 rebaños i telas i oro,
 ¿qué no adquirimos con él?

No hai aquí rico ni pobre,
 fortuna comun gozamos,
 los montes que dominamos
 nadie piensa en dividir.
 Solo un jefe nos comanda;
 su obediencia es nuestra gloria,
 porque vemos la victoria
 en su frente al combatir.

Mas ¿quién es ese bandido que recibe de sus súbditos homenajes, como un rei? ¿Cómo esa mujer, cuya pureza se retrata en el semblante

Existe en medio de una hueste impura
 de mil horrendos crímenes manchada,
 semejante a la rosa
 cortada del verjel donde esparcia
 su fragante ambrosía
 i en un vil muladar abandonada?

- El era un esclavo negro que, habiendo escuchado desde su mas tierna infancia las crueldades que los blancos hacian pesar sobre los Africanos, los aborrecia como a los verdugos de su raza. Por vengar a los suyos, mató a su amo, se hizo asesino i llegó a ser el terror de la comarca. En una de sus correrías, arrebató a Maria con su anciano padre de en medio de un baile, con que se celebraba el matrimonio que la iba a enlazar con Anselmo, su amante. Desde entónces concibió por la cautiva una violenta pasion, que le desgarraba el alma, que le enfurecia de celos; porque no era correspondido, siendo el infierno de su corazon, el primer castigo de sus crímenes.

Apénas habia pasado la noche que siguió a las fiestas, cuando un suceso extraño i terrible introdujo el espanto entre los bandoleros. Un humo espeso cubria el monte, i un mar de llamas, cuyos funestos resplandores percibian por todas partes, les mostraba que estaban cercados por un vasto incendio, que no tardaron en conocer servia de vanguardia a un fuerte destacamento que, dándoles caza, como a fieras, encargaba al fuego les allanase el paso hasta ellos. Precisamente Anselmo, el novio de María, capitaneaba aquellas tropas. A esto sigue en la leyenda una magnífica descripción del combate que traban bandidos i soldados, que concluye por un duelo singular entre los dos rivales.

Súbito se escucha un grito,
mas bien lúgubre lamento,
de terror i sentimiento,
a un tiempo fiel expresion.
Del centro de una cabaña
el quejoso grito suena,
sobre la cual la melena
del fuego empezaba a arder,
i hasta el fondo penetrando
de cada alma, como hechizo
de Fernando el brazo hizo
falto de vigor caer.

Era María! Al punto corre a salvarla el Jefe de la banda; mas, oh rabia! cuando la arrebató entre sus brazos, exclama ella: «Anselmo mio;» i éste, que reconoce a su querida, corre, como furioso a arrancársela al malvado. Sin embargo, rodeado de numerosos adversarios, sucumbe al número i queda como muerto.

La accion continúa desenvolviéndose con mucha mas rapidez en los tres últimos cantos; escenas dramáticas i llenas de interes se suceden unas en pos de otras, despertando en el que las lee impaciencia por conocer el resultado. Fernando ha revelado a María toda la verdad en un movimiento de celos. «Le he muerto,» dice,

Ha muerto! i su cadáver en el monte
Ser de las fieras alimento hoí debe.

Cuando vuelve María del desmayo en que la sumerjió el dolor, la acosa horriblemente la idea de que su amante va a servir de pasto a las aves de rapiña, i aun a costa de una mentira, intenta evitarle aquella afrenta. Apénas ha balbuciado que es «su hermano,» cuando el bandido demudado, consiente arrepentido en darle sepultura. Ya se sospecha que Anselmo era presa de un parasismo

i no de la muerte, de modo que bajo un mismo techo se hallaron reunidas tres personas relacionadas de tan extraña manera. Los tiernos cuidados que María prodiga al supuesto hermano torturan el corazón del receloso Fernando; mientras que a Anselmo le llena de inquietud la extraña turbación que advierte en su querida. No sé qué siniestro secreto introduce la frialdad en el trato de los dos amantes; ella no está tranquila en su presencia, hai algo que empaña su alegría. En fin, a las instancias del herido, para que le descubra la oculta pena que la aflige, «por mas negro que sea, le responde, el temor que te asalte sobre la que debió ser tu esposa, no lo deseches.»

Nada la mente imaginar podria
Que se acercase a la desgracia mia.

Habia sido la concubina del bandido, mas no por voluntad propia, si por salvar la vida a su anciano padre, que solo a precio de la virtud le concedieron. Se concibe el delirio i la rabia de Anselmo i el dolor de la inocente María, que no vuelve a presentarse a la vista del enfermo, sino, cuando un veneno le despedazaba las entrañas, para repetirle agonizante: «yo te adoro.» Entonces aparece Fernando, a quien la desconfianza atraía allí i en presencia del cadáver, se traba entre aquellos dos hombres una lucha a muerte, en la cual uno no se levantó mas. Al otro día, el bandido se entregaba a la justicia para espiar sus crímenes en un patibulo.

Antes se acostumbraba escribir en romance las composiciones de este jénero; pero ahora se permite usar al escritor toda especie de metro, para que pueda adaptar mejor el instrumento a sus ideas. Así lo ha ejecutado el Señor Sanfuentes, empleando tanto en el Bandido, como en el Campanario variedad de versos, i como es un excelente versificador, éste no es uno de los menores méritos de la obra. A mi me parece digna de mucho aplauso la facultad que algunos hombres poseen de someter al ritmo las palabras; aunque jeneralmente se diga, como por desprecio, para criticar a un poeta, «no es mas que un versificador». ¡Cómo si hacer versos fuese cosa sencillísima i de poco momento, que ninguna atencion mereciera! ¿Acaso, quién quiere los compone? I no merece alabanza el que da cima a la empresa que otros en vano acometen? Es éste un don del cielo que no concede a todos los mortales, pues ha habido sublimes ingenios, tan grandes, como Ciceron, por ejemplo, que a fuerza de sudores no consiguieron forjar mas que malisimos versos. Si a la armonía de una fluida versificación se agregan las galas de una rica fantasía i la profun-

didad de los pensamientos ¡tanto mejor! la obra presentaría dos atractivos, pero, no porque falte uno, será el otro despreciable.

La claridad con que el Señor Sanfuentes expresa sus conceptos, hará que la popularidad de que goza no sea efímera. Se entiende fácilmente lo que dice, no hai sutileza ni pretension de pasar por metafísico en sus pensamientos. Se comprende lo que escribe, i en sus versos hai algo mas que palabras ensartadas unas tras otras son la expresion de una idea nueva o vulgar, como se quiera, i no, solo términos retumbantes que nada significan.

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI.